

UN MUNDO FELIZ

(Selección para trabajar en el aula)

CAPÍTULO I.

Un grupo de estudiantes visita el Centro de Incubación y Condicionamiento acompañados por Mr. Foster:

—El método de Bokanovsky —repitió el director. Y los estudiantes subrayaron estas palabras.

Un óvulo, un embrión, un adulto: la normalidad. Pero un óvulo bokanovskificado prolifera, se subdivide. De ocho a noventa y seis brotes, y cada brote llegará a formar un embrión perfectamente constituido, y cada embrión se convertirá en un adulto normal. Una producción de noventa y seis seres humanos donde antes sólo se conseguía uno. Progreso.

—En esencia —concluyó el DIC—, la bokanovskificación consiste en una serie de detenciones en el desarrollo. Controlamos el crecimiento normal, y paradójicamente, el óvulo reacciona dando brotes.

«Reacciona dando brotes.» Los lápices corrían.

(...)

—Veintenas —repitió el director; y abrió los brazos como si estuviera repartiendo generosas dádivas—. Veintenas. Uno de los estudiantes fue lo bastante estúpido para preguntar en qué consistía la ventaja.

—¡Pero, hijo mío! —exclamó el director, volviéndose bruscamente hacia él—. ¿De veras no lo comprende? ¿No puede *comprenderlo*? —Levantó una mano con expresión solemne—. El

método Bokanovsky es uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social.

«Uno de los mayores instrumentos de la estabilidad social.»

Hombres y mujeres estandarizados, en grupos uniformes. Todo el personal de una fábrica podía ser el producto de un solo óvulo bokanovskificado.

—¡Noventa y seis mellizos trabajando en noventa y seis máquinas idénticas! —La voz del director casi temblaba de entusiasmo—. Sabemos muy bien a dónde vamos. Por primera vez en la historia. —Y continuó citando la divisa planetaria—: «Comunidad, Identidad, Estabilidad.» —Grandes palabras—. Si pudiéramos bokanovskificar indefinidamente, el problema estaría resuelto.

Después van a la sala de embriones:

Y Mr. Foster se lo contó todo.

Les habló del embrión que se desarrollaba en su lecho de peritoneo. Les dio a probar el rico sucedáneo de la sangre con que se alimentaba. Les explicó por qué había de estimularlo con placentina y tiroxina. Les habló del extracto de *corpus luteum*. Les mostró las mangueras con las que dicho extracto era inyectado automáticamente cada doce metros, desde cero hasta 2.040. Habló de las dosis gradualmente crecientes de pituitaria administradas durante los noventa y seis metros últimos del recorrido. Describió la circulación materna artificial instalada en cada frasco, en el metro ciento doce, les enseñó el depósito de sucedáneo de la sangre, la bomba centrífuga que mantenía al líquido en movimiento por toda la placenta y lo hacía pasar a través del pulmón sintético y el filtro

de los desperdicios. Se refirió a la molesta tendencia del embrión a la anemia, a las dosis masivas del extracto de estómago de cerdo y de hígado de potro fetal que, en consecuencia, había que administrar.

Les enseñó el sencillo mecanismo por medio del cual, durante los dos últimos metros de cada ocho, todos los embriones eran sacudidos simultáneamente para que se acostumbraran al movimiento.

(...)

—También predestinamos y condicionamos. Decantamos nuestros embriones como seres humanos socializados, como Alfas o Epsilones, como futuros poceros o futuros... —Iba a decir «futuros interventores mundiales», pero rectificando a tiempo añadió— ...futuros directores de incubadoras.

(...)

—Está reduciendo el número de revoluciones por minuto —explicó Mr. Foster—. El sucedáneo circula más despacio, por consiguiente, pasa por el pulmón a intervalos más largos y aporta menos oxígeno al embrión. No hay nada como la escasez de oxígeno para mantener a un embrión en condiciones inferiores a las normales.

Y volvió a frotarse las manos.

-¿Y con qué objeto lo mantienen en condiciones inferiores? —preguntó un estudiante ingenuo.

-¡Estúpido! —exclamó el director, rompiendo un largo silencio—. ¿No se le ha ocurrido pensar que un embrión de Epsilon debe tener un ambiente y una herencia Epsilon?

Evidentemente, no se le había ocurrido y se sintió avergonzado.

Cuanto más baja es la casta —dijo Mr. Foster— menos debe escasear el oxígeno. El primer órgano afectado es el cerebro, después el esqueleto. Al setenta por ciento del oxígeno normal se consiguen enanos. A menos del setenta, monstruos sin ojos. Que no sirven para nada —concluyó Mr.

Foster—. En cambio —y su voz adquirió un tono confidencial y excitado—, si lográramos descubrir una técnica para abreviar el período de maduración, ¡qué gran triunfo, qué gran beneficio para la sociedad! Consideren si no al caballo.

(...)

CAPÍTULO II.

A continuación van a la Guardería infantil:

—Fíjense bien.

La enfermera jefe, que estaba de pie junto a un cuadro de mandos al otro extremo de la sala bajó una pequeña palanca. Se produjo una violenta explosión. Cada vez más aguda, empezó a sonar una sirena. Los timbres de una alarma se dispararon ruidosamente.

Los chiquillos se sobresaltaron y rompieron en chillidos; sus rostros aparecían convulsos de terror.

—Y ahora —gritó el director porque el estruendo era ensordecedor—, pasaremos a reforzar la lección con un pequeño *electroshock*.

Volvió a hacer tina señal con la mano y la enfermera jefe pulsó otra palanca. Los chillidos de los pequeños cambiaron súbitamente de tono. Había algo casi demencial en los gritos agudos, espasmódicos, que brotaban de sus labios. Sus cuerpecitos se retorcían y cobraban rigidez; sus miembros se agitaban bruscamente, como obedeciendo a un calambre.

—Podemos electrificar toda esta zona del suelo —gritó el director, como explicación—. Pero ya basta. —E hizo otra señal a la enfermera.

Las explosiones cesaron, los timbres enmudecieron y el zumbido de la sirena disminuyó de tono hasta reducirse al silencio. Los cuerpecillos rígidos y retorcidos se relajaron, y lo que había sido el sollozo y el aullido de unos niños desatinados volvió a convertirse en un llanto normal inspirado por el miedo.

—Vuelvan a ofrecerles las flores y los libros.

Las enfermeras obedecieron, pero ante la proximidad de las rosas, a la

sola vista de las alegres y coloreadas imágenes de los gatitos, los gallos y las ovejas, los niños se apartaron con horror, y el volumen de su llanto aumentó súbitamente.

—Observen —dijo el director, en tono triunfal—. Observen.

Libros y ruidos fuertes, flores y descargas eléctricas: en la mente de aquellos niños ambas cosas se hallaban ya fuertemente relacionadas entre sí; y al cabo de doscientas repeticiones de la misma o parecida lección formarían ya una unión indisoluble. Lo que el hombre ha unido, la naturaleza no puede separarlo.

-Crecerán con lo que los psicólogos solían llamar un odio “instintivo” hacia los libros y las flores. Reflejos condicionados definitivamente. Estarán a salvo de los libros y de la botánica para toda su vida. —El director se volvió hacia las enfermeras-: Llévenselos.

CAPÍTULO III.

Conversación entre Fanny y Lenina:

—¿Con quién saldrás esta noche? —preguntó Lenina, volviendo de su masaje resplandeciente, como una perla iluminada desde dentro.

—Con nadie.

Lenina arqueó las cejas, asombrada.

—Últimamente me he encontrado muy bien —explicó Fanny—. El doctor Wells me aconsejó tomar sucedáneo de embarazo.

—¡Pero si sólo tienes diecinueve años! El primer sucedáneo de embarazo no es obligatorio hasta los veintiuno.

-Ya lo sé, mujer. Pero hay personas a quienes les conviene empezar antes. El doctor Wells me dijo que las morenas de pelvis ancha, como yo, deberían tomar el primer sucedáneo de embarazo a los diecisiete. De modo que llevo dos años de retraso y no de adelanto.

Abrió la puerta de su armario y señaló la hilera de cajas y ampollas

etiquetadas del primer estante.

“Jarabe de Corpus Luteum.” Lenina leyó los nombres en voz alta. “Ovalina fresca, garantizada; fecha de caducidad: 1 de agosto de 632 d. F. Extracto de glándulas mamarias: tómese tres veces al día antes de las comidas, con un poco de agua. Placentina; inyectar 5 cc. cada tres días (intravenosa)...

—¡Huy! —dijo Lenina—. ¡Con lo poco que me gustan las intravenosas! ¿Y a ti?

-Tampoco. Pero cuando son para nuestro bien... Fanny era una muchacha particularmente juiciosa.

(...)

-El doctor Wells dice que un tratamiento de sucedáneo de embarazo durante tres meses mejorará mi salud para los tres o cuatro años próximos.

—Espero que esté en lo cierto —continuó Lenina—. Pero, Fanny, ¿de veras quieres decir que durante estos tres meses se supone que no vas a...?

—¡Oh, no, mujer! Sólo durante una o dos semanas, nada más. Pasaré la noche en el club, jugando al bridge musical. Supongo que tú sí saldrás, ¿no?

Lenina asintió con la cabeza.

—¿Con quién?

—Con Henry Foster.

—¿Otra vez? —El rostro afable, un tanto lunar, de Fanny cobró una expresión de asombro dolido y reprobador—. ¡No me digas que todavía sales con Henry Foster!

(...)

-Bueno, al fin y al cabo —protestó Lenina— sólo hace unos cuatro meses que salgo con Henry.

— ¡Sólo cuatro meses! ¡Vaya! Y lo que es peor —prosiguió Fanny, señalándola con un dedo acusador— es que en todo este tiempo no ha habido en tu vida nadie, excepto Henry, ¿verdad?

Lenina se sonrojó pero sus ojos y el mismo tono de su voz siguieron desafiando a su amiga.

— No, nadie más —contestó, casi con truculencia—. Y no veo por qué debería haber alguien más.

-¡Pues sí! ¡La niña no ve por qué! —repitió Fanny, como dirigiéndose a un invisible oyente situado detrás del hombro izquierdo de Lenina. Luego, cambiando bruscamente de tono, añadió—: En serio, creo que deberías andar con cuidado. Está muy mal eso de mantener una relación tan larga con el mismo hombre. A los cuarenta o cuarenta y cinco años, todavía... Pero, ¡a tu edad, Lenina! No, no puede ser. Y sabes muy bien que el DIC se opone firmemente a todo lo que sea demasiado intenso o prolongado...

(...)

Claro que no tienes necesidad de dejarle. Pero sal con algún otro de vez en cuando. Con eso bastará. (...) Y al fin y al cabo —el tono de voz de Fanny era un arrullo—, no hay nada desagradable en el hecho de disponer de uno o dos hombres además de Henry. Teniendo en cuenta todo esto, deberías ser un poco más promiscua...

Lenina hizo un gesto de negación con la cabeza.

-No sé por qué —musitó— últimamente no me he sentido muy dispuesta a la promiscuidad. Hay momentos en que una no debe... ¿No te ha pasado nunca, Fanny?

La muchacha asintió con simpatía y comprensión.

-Pero es preciso hacer un esfuerzo —dijo sentenciosamente-, es preciso tomar parte en el juego. Al fin y al cabo, todo el mundo pertenece a todo el mundo.

-Sí, todo el mundo pertenece a todo el mundo —repitió Lenina lentamente y

guardó silencio un momento, después cogió la mano de Fanny y se la estrechó ligeramente-. Tienes toda la razón, Fanny. Como siempre. Haré ese esfuerzo.